

y auténticas. ¿Cómo conciliaremos la Geología con la Biblia? Esta afirma y sostiene que se salvaron todas las especies de animales; aquella nos muestra muchísimas extinguidas, al menos fuera del Asia. Y sabemos que ambas dicen la verdad. La concordancia no puede ser otra que esta: en la narración de Moisés, como en toda narración histórica, hay perfecta veracidad, si se esponen fielmente los hechos, tal como á la vista de los espectadores pasaron, y cual aparecen á los mismos ojos del historiador. Si Noé reunió toda suerte de animales, por él conocidos, ya tenía derecho á referir á sus descendientes que todos ellos se habían salvado en el arca. La tradición conservó fielmente esta verdad intachable, y como tal la debió consignar por escrito Moisés, y como tal la consignaron á su vez todos los escritores paganos, que, con datos bien auténticos, refirieron el mismo hecho.

Cualquier persona extraña que hubiera presenciado el diluvio, y hubiera visto reunir en el arca todos los animales de que pudiera tener la menor noticia, al referir después el suceso, diría seguramente, sin la menor restricción, que se habían salvado todas las especies. Si estas palabras son verdaderas en la boca de este testigo, y en la de todos aquellos que de buena fe las siguieran refiriendo, ¿por qué no lo han de ser en la boca de Noé y de todos sus descendientes y en la misma

pluma de Moisés, sobre todo si á este le constaba que todas las especies, que él conocía, se habían salvado de aquella manera?

En una palabra, en la narración histórica, basta la verdad relativa; esta se conserva evidentemente en el relato del diluvio, si fueron encerrados en el arca todos los animales de que tanto Noé como Moisés pudieron tener alguna noticia. La Geología, que exige una verdad absoluta, puede decirnos muy bien, sin contradecir en nada al historiador sagrado, que muchísimas especies desconocidas por él, perecieron durante el diluvio, en países muy remotos.

Esta concordancia es natural y bien lógica y sencilla; cualquier otra será forzada, gratuita é inadmisibile.

Si pues en la narración de Moisés no hay más que verdad relativa; si es cierto que perecieron muchísimos de los animales desconocidos para él y para Noé, estamos obligados á reconocer que todos los tipos exóticos, que ahora viven, se salvaron fuera del arca, pues no hay razón para suponer que algunos fueran á ella, y otros, de los más interesantes, quedaran para ser exterminados por las aguas. Si la narración, decimos, se refiere á los animales extraños, debe referirse á *todos* ellos, puesto que emplea ella misma repetidas veces esa palabra, *todos*, que no admite ninguna excepción.

Los animales desconocidos de Noé y de

Moisés, se salvaron evidentemente fuera del arca; el diluvio no recubrió pues toda la tierra absolutamente.

Esto mismo lo acaba de demostrar, por otras razones, la Geología. Ella nos ha hecho ver que los depósitos formados por el verdadero diluvio bíblico alcanzan á muy diferentes y variadas alturas sobre el nivel del mar, en unos y en otros países. En Europa creemos que raras veces suelen pasar de la de mil metros, y la máxima, en que se les ha podido reconocer, es de 1500. En el Asia alcanzan de ordinario alturas mucho mayores, y se les ha podido hallar á la de 3500.

Posible y probable es que en algunos puntos no explorados exista el diluvio á mayor altura todavía; pero debemos reconocer como un hecho que, en los parajes bien explorados y conocidos, semejantes depósitos no pasan de cierto nivel arriba. Si aquella gran inundación ha dejado tan claras señales de su existencia en los valles y en las laderas de las montañas, y no las ha dejado en la parte superior de algunas elevadísimas, es indicio seguro de que estas no acabaron de quedar sumergidas. No basta decir que allí los depósitos debieron ser insignificantes y pudieron ser arrastrados por las aguas; esto tiene razón de ser en las pendientes, más no en las esplanadas y cavernas, en las cuales, una vez formados los depósitos, se tienen que conservar de una manera indefinida. Por otra

parte, el hecho de haberse conservado perfectamente en otras montañas más elevadas, prueba que en aquellas, en que no los hallamos de cierto nivel para arriba, es porque allí no se formaron en realidad. La Geología nos muestra pues de una manera positiva, que muchas elevadas montañas no fueron inundadas completamente, y que á partir de ciertas alturas (variables de unos países á otros, y de unas á otras localidades, dentro de un mismo país) quedaron preservadas de los asoladores efectos del cataclismo general. Allí pudieron salvarse pues muchísimos animales; sobre todo de aquellos que acostumbran á vivir en los montes ó que saben trepar por ellos con suficiente facilidad, y realmente se salvaron, según acabamos de ver. Así vemos también que los extinguidos son casi todos corpulentos, que acostumbraban á vivir en los valles y llanuras, si bien otros son esencialmente moradores de las cavernas, y hallaron en sus propias guaridas el lugar del suplicio, habiéndose retirado á ellas, como á refugio seguro.

Cuando el Génesis nos dice que *toda la tierra quedó inundada*, no debe entenderse esto en un sentido absoluto, á no ser con respecto á la tierra conocida ó, mejor dicho, vista por Noé; lo mismo que cuando se nos dice que *todas las especies de animales* fueron encerradas en el arca, no se puede entender sino con referencia á solos los animales conocidos.

Otra prueba de todo esto la hallamos en el hecho consignado por los geólogos de que existe una *perfecta* continuidad en las faunas y en las floras; la cual es del todo inexplicable, si toda la tierra absolutamente hubiera quedado inundada, y si no se hubieran conservado más animales que el reducido número de individuos que señala Moisés. Cierto que aquellas palabras de los geólogos son demasiado absolutas, y que la continuidad no es *perfecta*, por más que digan; pues nosotros acabamos de hacer ver que perecieron entonces muchísimos tipos de los más notables y curiosos, y en otro lugar hemos consignado el cambio radical y la profunda modificación que experimentaron la fauna y la flora europeas al empezar la edad del reno; pero aun cuando dicha continuidad sea, por lo menos en nuestros países, muy imperfecta, es sin embargo, en general, bastante notable para que el hecho sea cierto en el fondo y para que no halle explicación, si se admite que la tierra quedó completamente inundada. ¡Cuánto tiempo necesitaba pasar para que una sola pareja, ó á lo sumo siete, de animales de cada especie, salvados en el arca, llegaran á extenderse por todas partes, y poblar el Asia y la Europa! Y sin embargo, inmediatamente después del gran cataclismo, vemos el reno y otros muchos animales que viven ahora en los climas fríos, establecerse, en número prodigioso, por todo nuestro con-

tinente. Hechos análogos los encontramos en todos los países bien explorados; la explicación, en vano la buscaremos en los autores que llevan una opinión contraria á la nuestra.

EL DILUVIO FUÉ *pues* UNIVERSAL; ETNOGRÁFICAMENTE, CON UNIVERSALIDAD ABSOLUTA; GEOGRÁFICAMENTE, CON UNIVERSALIDAD INCOMPLETA Ó RESTRICTA; he aquí la conclusión definitiva, á que nos han llevado los hechos, y la que, por lo mismo, no dudamos sentar y sostener como verdadera.

Hemos dicho que no teníamos ningún sistema preconcebido, que no queríamos preconcebirlo, que dejábamos á los hechos que lo establecieran por sí solos. Vemos ya logrados nuestros vehementes deseos; vemos ya el sistema firme y sólidamente establecido, y ahora sólo nos resta defenderlo contra toda suerte de adversarios.

§ III. ADVERSARIOS DE NUESTRO SISTEMA.

Estos podemos reducirlos ahora á cuatro grupos: 1.º Los partidarios de la *universalidad geográfica absoluta*, los cuales, haciendo muy poco caso de las justas reclamaciones de la ciencia, se obstinan en seguir entendiendo la relación bíblica en un sentido rigurosamente literal.

2.º Los que *niegan* hasta la misma uni-

versalidad etnográfica, y siguiendo un camino diametralmente opuesto á los anteriores, han abandonado, no sólo el sentido literal, sino también la interpretación más natural, más razonable y obvia de la Escritura, y se han separado del consentimiento unánime de los Padres y expositores, para atender hasta á las reclamaciones más injustas, que se han podido hacer en nombre de la ciencia.

3.º Los que, *admitiendo la universalidad etnográfica, niegan rotundamente la geográfica*; y entre estos hay muchas diferencias, pues unos creen que sólo una pequeñísima porción de la tierra estaba entonces poblada por el hombre, y que esa sola experimentó los efectos del diluvio; otros admiten que la inundación fué más ó menos general, pero reconociendo siempre inmensos territorios completamente preservados de las aguas; otros, por fin, suponen que todo quedó inundado, á excepción de las cumbres de algunas elevadas montañas; y estos coinciden en realidad con nosotros, pues reconocen verdadera universalidad geográfica, limitada; si en algo difieren, es en una cuestión de nombre nada más.

4.º Los *heterodoxos*, que, no dando fe á nuestros libros sagrados, se exfuerzan en *negar obstinadamente la realidad del diluvio*, ó bien cualquiera de sus circunstancias fundamentales y que más interesan á la verdad revelada.

ARTICULO II.

REFUTACIÓN DE LAS OPINIONES CONTRARIAS.

Ahora debemos ante todo hacer ver muy á las claras las grandes ventajas de nuestro sistema, para que mejor resalten los inconvenientes de los otros.

§. I. VENTAJAS DE NUESTRO SISTEMA.

En él queda la verdad revelada perfectamente á cubierto de todos los ataques de la impiedad (1). En vano se pretenderá desmentir la gran catástrofe, en nombre de la ciencia ó de cualquier otra disciplina humana; porque éstas, lejos de contradecir el hecho, en lo más mínimo, lo confirman y demuestran enérgicamente, cada una á su manera; y todas lo vienen á reconocer tal como lo hemos expuesto nosotros. Lo que ellas dicen es precisamente lo que nosotros dijimos; ellas nos han llevado, como de la mano, á nuestra última conclusión; ellas la estable-

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II página 643 y sig.

cieron firmísimamente; y nosotros nada hemos hablado por nuestra cuenta.

Así pues, todas las objeciones presentadas por los racionalistas contra el diluvio, entendido en el sentido literal del Génesis, quedan por sí mismas desvanecidas, ó lo que es más aún, se vuelven contra aquellos mismos, que, con tanta arrogancia, han osado presentarlas.

Admitido este sistema, podemos briosamente batirnos, no ya en la defensiva, sino también en la ofensiva; podemos obligar á que lo acepten, incondicionalmente, aun todos aquellos que no reconocen más luces que las de la pura razón. Las armas con que pretendían combatirnos, ya no sirven más que para nuestra defensa; ellos se quedan con las manos atadas y expuestos de continuo á nuestros duros ataques. En nombre de la razón, decían nos iban á hablar, y en nombre de la razón les hablamos; porque la razón no dice otra cosa, sino lo que nosotros decimos; por la razón no quiere servir, sino es en la justísima causa que defendemos.

Por otra parte, este sistema de la universalidad restringida, lejos de violentar, en lo más mínimo, el sentido del Génesis, parecerá ser la expresión clara y manifiesta del pensamiento del historiador sagrado si se tiene en cuenta su manera ordinaria de hablar. «El estudio comparado de los diversos pasajes de la Biblia, en particular del Pentateuco,

dice muy bien á este propósito el célebre abate Vigouroux (1), muestra bien que en este sentido restricto es en el que se debe entender su lenguaje. Hablando del hambre que hubo en tiempo de Jacob, Moisés nos dice que reinó en *todo el universo* (2). Estas palabras no deben ciertamente entenderse de las cinco partes del mundo, sino de los pueblos conocidos entonces de los Hebreos (3). Nuestro Señor se servía también de semejante manera de hablar, cuando decía, que la reina de Sabá había venido de los *últimos confines de la tierra* para visitar á Salomón (4), y S. Lucas hacía lo mismo en su descripción de la fiesta de Pentecostés, en que nos muestra reunidos en Jerusalem, hombres *de toda nación que está debajo del cielo* (5). Ningún exegeta, como se ha hecho notar, ha pensado jamás que era preciso entender estas palabras en su sentido riguroso, y suponer que había en

(1) *Manuel Biblique*, t. I, p. 554.

(2) "*In universo-orbe fames praevaluit... Crescebat quotidie fames in omni terra... Omnes provinciae veniebant in Aegyptum ut emerent escas.*" *Genes.*, XLI, 54, 56, 57.

(3) "Lo mismo sucede en el Deuteronomio (II, 25) cuando Dios dice á Moisés: *Hodie incipiam mittere terrorem atque formidinem tuam in populos, qui habitant sub omni caelo.* De una manera análoga debe también explicarse aquel lugar del libro de los Reyes, en que se escribe: *Universa terra desiderabat vultum Salomonis.*" (III *Reg.*, X, 24)."

(4) *Matt.*, XII, 42.

(5) *Act.*, II, 5. Véase también (*Act.* X, 12): *Omnia quadripedia.*

la capital de Judéa Nuevo-Zelandeses y Chinos.»

Pues bien: ¿En cuántos otros pasajes de la Escritura no hallamos esa misma manera hiperbólica de hablar, sobre todo cuando se trata de intimar las venganzas divinas? *Toda la tierra* queda en reposo y en silencio con la caída del tirano de Babilonia (1). Babilonia ó Jerusalén son á veces el *universo* á los ojos de un Profeta.

«Yo destruiré completamente *todo cuanto existe sobre la superficie de la tierra*» dice Sofonías (2), refiriéndose solamente á la Palestina ó á la Siria. «He mirado la tierra y estaba vacía, aniquilada, exclama Jeremías, aludiendo á Jerusalem (3). Ví á los montes, y se conmovían; y todos los collados se estremecieron. Miré, *y ya no había ni un solo hombre: toda ave del cielo desapareció... Toda la tierra* quedará desierta... Llorará la tierra y se entristecerán los cielos... *Todas las ciudades* quedaron abandonadas y no habita en ellas ningún hombre». Y el Profeta que esto anuncia, se llama á sí mismo, en otro

(1) *Isai. XIV. 7, 9, 23.* «Conquevit et siluit omnis terra... Omnes principes terræ surrexerunt de solis suis, omnes principes nationum... Hoc consilium, quod cogitavi super omnem terram, et hæc est manus extenta super universas gentes.»

(2) «Congregans congregabo omnia a facie terræ, dicit Dominus: congregans hominem et pecus, congregans volatilia cæli et pisces maris: et ruinæ impiorum erunt: et disperdam hominem a facie terræ.» (1, 2, 3.)

(3) *IV. 23, 24, 25, 27, 28, 29.*

lugar (1), *Virum rixæ, virum discordiæ* IN UNIVERSA TERRA. En los Actos de los Apóstoles, nos dice también S. Lucas, que Agabo anunció una gran hambre que había de acaecer *en todo el orbe* (2). En el libro de Esther se nos dice (3): «Rex vero Assuerus, *omnem terram, et cunctas maris insulas* fecit tributarias.»

Inútil es ir multiplicando pasajes análogos; innumerables veces se entiende en la Biblia por *toda la tierra*, los países conocidos, y con frecuencia un simple reino, una sola ciudad, un pequeño tetritorio.

Esa manera de hablar tan hiperbólicamente, no sólo es muy común entre los Hebreos, sino también en todos los pueblos orientales. Los Egipcios designaban al alto y al bajo Egipto con el nombre de la *tierra entera*. Hasta los mismos Griegos se expresaron á veces de ese modo; Demóstenes (*De corona*) entiende sólo á la Grecia por las palabras: *toda la tierra habitada*.

Por eso los mismos Padres nos han enseñado á reconocer el lenguaje hipérbólico de muchísimos pasajes de la Escritura, y á entenderlos, no á la letra; sino en un sentido muy limitado. S. Agustín escribe estas notables pa-

(1) Cap. XV. 10.

(2) «Agabus significabat per Spiritum famem magnam futuram in universo orbe terrarum, quæ facta est sub Claudio.» XI. 28.

(3) Cap. X. 1.

labras(1): «Scripturæ mos est ita loqui de parte tamquam de toto;» y añade aún el Sto. doctor: «El cuerpo de las Sagradas Letras está lleno de locuciones de este género, las cuales, á primera vista, presentan numerosas dificultades, que se resuelven después con facilidad, aplicándoles ese principio.»

Y eso acaece al pie de la letra en la narración del diluvio; la misma Biblia nos conduce pues á entender este pasaje en un sentido más ó menos limitado.

Por otra parte, es regla la más general en hermenéutica, que no se entiendan literalmente las palabras de los libros sagrados, siempre que de hacerlo así se haya de seguir manifiestamente un absurdo (2). Pues bien, eso es lo que en realidad acaece en el caso de que tratamos. Si tomando las palabras tal como suenan, decimos que todas las especies de animales se salvaron dentro del arca, aparte de otros absurdos menos patentes, incurrimos en uno tan grave y tan manifiesto, que á primera vista salta á los ojos; puesto

(1) *Epist. ad Paulin.* CXLIX.

(2) «El culto supersticioso de la letra, escribe muy acertadamente un partidario de la universalidad absoluta, el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II. p. 225) en presencia de los hechos innegables que la condenan, no puede menos de conmover, con la autoridad de la Biblia, las mismas bases de la fe cristiana, en los espíritus preocupados del interés científico. Que no se hable aquí de concesión; un homenaje tributado á la verdad, cualquiera que esta sea, no podrá llamarse una concesión, en el sentido desfavorable de la palabra.»

que la Geología nos demuestra de la manera más palpable, que con el diluvio se extinguieron numerosísimos tipos zoológicos.

Así pues, es preciso reconocer á toda costa, con el abate Vigouroux (1), que: «Los términos empleados por el Génesis, en el relato del diluvio, se aplican solamente á la tierra conocida entonces de Noé y de los Hebreos, á las montañas que ellos habían visto, á los animales con que estaban familiarizados, ó de los cuales, al menos, habían oído hablar. Por consiguiente, nada nos obliga á admitir que las más altas cumbres de Himalaya, los volcanes de la América central y meridional, y las montañas del interior del África, hayan sido cubiertas por las aguas, siendo todo desconocido de los antiguos. «Cuando leemos que todas las altas montañas debajo del cielo, fueron cubiertas por las aguas, no estamos, dice M. Reusch, más precisados á tomar, en un sentido rigurosamente literal, estas palabras, que tantas otras expresiones análogas que leemos en la Biblia. Poniendo esas palabras en boca de Noé, debemos entender por aquellas montañas *las que él pudo ver con sus ojos*». Para Noé, todas las montañas que él conocía, habían sido inundadas por el diluvio.»

Nada extraño pues que este sistema tan razonable, tan conforme con el contexto gene-

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 555.

ral de la Escritura, tan en armonía con las ciencias y tan á propósito para dejar la verdad de la narración del fudo á cubierto de los duros ataques de la impiedad, haya sido abrazado decidamente y con entusiasmo, por muchos teólogos eminentes y sabios católicos. Entre ellos figuran: el renombrado abate Vigouroux, Marcel de Serres, Pianciani, (1) Nicolai, Sorignet, Bellyneck, Schoupe, Glair, Reuchs, etc: (2). A los cuales debemos añadir otros, bien esclarecidos por cierto, que han llegado hasta defender la no universalidad del diluvio; pues aunque en esto se hayan equivocado lastimosamente, han procedido con muchas muestras de prudencia y sabidu-

(1) *Cosmogonia naturale*, (Civiltà cattolica, Setiembre y Octubre de 1862).

(2) Entre estos pudiéramos contar al Emo. Cardenal González, que en su obra *La Biblia y la Ciencia*, la acaba de defender con muy buenos argumentos, y dice expresamente, entre otras cosas (t. II, p. 65): "No queremos ocultar nuestras preferencias en favor de la teoría de la universalidad restringida." Si bien, su imparcialidad, ó mejor dicho, su excesiva generosidad, ó su condescendencia, hizo que tratara con demasiada consideración la hipótesis del Sr. Motais, á la que concede sus probabilidades bajo el punto de vista científico; aunque añade (p. 683) que "considerado el problema con relación al texto bíblico y á la tradición eclesiástica, la primera teoría de la universalidad restringida se presenta como más probable."—Por nuestra parte, creemos tener probado casi hasta la evidencia, en este trabajo, que las probabilidades científicas de la hipótesis de la no universalidad, se fundan sólo en datos inseguros, hipotéticos, desfigurados ó completamente erróneos.

ria, al reclamar una moderada restricción (1).

La universalidad restringida, podemos añadir con Vigouroux (2), es admitida generalmente por todos los que se ocupan, en nuestros días, en concordar la Biblia con las ciencias naturales.

Lejos de oponerse lo más mínimo al texto sagrado, está perfectamente conforme con él, como se ve por todas las razones expuestas, y además, porque es una regla, comunmente recibida en hermenéutica, que para determinar el verdadero sentido de un pasaje, es preciso colocarse en la época en que fué escrito y entenderlo como lo entendía el Autor y aquellos á quienes él se dirigía (3). Cuando

(1) Véase al abate Motais, *Le Deluge biblique*.

(2) *Manuel*, p. 552.

(3) «Omnis Scriptura, intelligenda est ex mente auctoris vel scriptoris.—Omnis Scriptura, vel locus etiam Scripturae interpretari debet ex mente eorum quos scriptor proxime vel maxime intendit. (Reithmayr, *Lehrbuch der biblischen Hermeneutik*, p. 139, 140. Véanse sobre este particular las consideraciones del Cardenal González (*Obra cit.* p. 593 y sig.) quien añade (p. 645): "Es lo cierto que esta opinión (de la universalidad restringida) es la seguida hoy por los teólogos y exegetas más autorizados y competentes en la materia, los cuales no pueden dejar de reconocer que es la que se halla *más en armonía con los descubrimientos realizados en las ciencias físicas y naturales; y á la vez con las exigencias y condiciones de una exegesis de amplio y elevado criterio; de una exegesis bíblica que marcha y se desenvuelve con la vista fija, de un lado en la ciencia humana, de otro lado en la palabra divina, aproximando y armonizando estos dos grandes elementos de verdad en la forma que, con su palabra y con su ejemplo, lo verificaron S. Agustín y Sto. Tomás.*"

escribía Moisés, sólo una pequeña parte de la tierra era conocida de él y de los Hebreos, y no podía entenderse por *toda la tierra*, lo que entendemos hoy día, después de haber descubierto nuevos Mundos. Conforme se han ido perfeccionando la Geografía y la Zoología, se ha querido atribuir á los países y á los animales nuevamente hallados, lo que Moisés había dicho solamente de los conocidos en su tiempo; y ahora se pretende dar á las palabras de la Biblia el sentido que tienen hoy, y no el que tenían hace 33 siglos, que es el verdadero.

Expuestas algunas de las grandes ventajas del sistema de la universalidad restringida, pasemos ahora á examinar y refutar brevemente todas las opiniones contrarias á la nuestra. Desde luego que, con lo dicho, todas ellas quedan sobradamente refutadas; pero conviene hacer algunas reflexiones sobre cada una en particular, y responder á las objeciones que puedan hacernos sus respectivos partidarios.

§. II. LA HIPÓTESIS DE LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA ABSOLUTA, ES COMPLETAMENTE INADMISIBLE.

PUES bien, empezando por el sistema de la *universalidad absoluta*, debemos decir francamente que en el estado actual de la ciencia, es de todo punto insostenible. No

sólo se halla expuesta á toda suerte de ataque de parte de los enemigos declarados de la religión, sino que tiene que recibir otros, mucho más duros todavía, de parte de los más sinceros amantes de la verdad. Dejemos á un lado las innumerables imposibilidades físicas con que tropieza. Toda el agua del globo reunida, es muy poca en comparación de la que se necesita en esa hipótesis, para recubrir toda la tierra de una capa de cerca de 9000 metros próximamente de espesor. Se evalúa la superficie total de nuestro planeta en más de 510 millones de kilómetros cuadrados; el cálculo da, pues, para el volumen de las aguas del diluvio, en números redondos, 4600 millones de kilómetros cúbicos, salvas las deducciones del relieve; ¿Dónde se puede hallar esa cantidad tan fabulosa, siendo así que el volumen total del agua de los mares está evaluado en nada más que unos 1900 millones de kilómetros cúbicos? Nada digamos tampoco de las grandes dificultades con que debió tropezar Noé para reunir tantísimos animales, en un espacio proporcionalmente tan pequeño, como el arca; cuando se creía que el número de aquellos apenas llegaba á 1000 (1), se les hacía caber con más ó menos dificultad; ahora que debemos suponer que las especies terrestres podían pasar

(1) Cornelio A. Lapede, *In Genes*. VI, sólo admite unas 175 especies de animales terrestres, y 150 de aves.

de medio millón (1), ¿dónde se podrá enerrar más de un millón de individuos? ¿y cómo se les mantendrá durante un año? ¿cómo podrán ocho personas nada más cuidar bastante de ellos? Nada diremos tampoco de la manera de conducirlos desde su propio país al arca y de esta otra vez á las más apartadas tierras, separadas por mares inmensos ó por otras barreras infranqueables; ni de las muchísimas precauciones que debieron tomarse, á fin de que no perecieran numerosas especies muy delicadas, en cuanto al alimento ó en cuanto al género de vida; ni de ninguna

(1) Según Sir John Lubbock, los animales descritos hasta el año de 1831, eran 70.000, pero ahora no bajan ya de 320.000, y apesar de eso, aun están por describir quizá más de la mitad de los que existen. Cree pues que el número total de especies vivientes pasa de 700.000 (*Fifty years of science*, 1882, p. 15, 35). Nosotros creemos que aun se queda muy corto; Lessón admitía 6263 especies de aves, y el año 1876 el Sr. Boncard comprendía en su *Catalogus avium hucusque descriptorum*, 11.031: de entonces acá fué aumentando bastante el número de las conocidas y descritas. Los Coleópteros catalogados van creciendo de una manera pasmosa; no bajan ya de unos 200.000.

Sin embargo el Sr. Moigno (*Les Livres saints*, p. 474 y siguientes), empeñado en hacer caber todos los animales en el arca, extendiendo, cuanto puede, las dimensiones de esta, y comprimiendo á aquellos más de lo que permite la Higiene, habla en tono de triunfo diciendo, que podían caber 15.561 especies de animales grandes y pequeños, y 16.000 especies de insectos. Aun cuando esto fuera cierto, teniendo presente que debían entrar 7 parejas ó por lo menos siete individuos de cada especie de aves, y como éstas pasan de 11.000, vemos que apenas pudieron caber en el arca sólo las aves conocidas. De los cuidados que exigían tantos huéspedes, debe hacerse caso omiso.

otra de tantas dificultades del orden físico, con que se debe contar en ese sistema. Porque sus partidarios tienen un recurso muy cómodo, invocando, en cada una de ellas, á la divina Omnipotencia. Mientras las dificultades no salgan del orden físico, nos responden, todas se pueden remediar muy bien por milagros más ó menos numerosos. Sin embargo, pudiéramos replicarles, el *posse* no debe negarse, lo que se puede y se debe negar es el hecho. Recurrir á la divina Omnipotencia para explicar un fenómeno, y prescindir de las causas seguidas, es mostrar que se le desconoce por completo; es una manera de discurrir demasiado pueril, para que esté conforme con las sabias leyes de la hermenéutica. Esta nos enseña que no se deben multiplicar sin necesidad los milagros, que sólo se debe recurrir á ellos cuando el mismo texto los reclama explícitamente, ó bien, cuando sin admitirlos, no se le pueda explicar de ninguna manera; pero jamás se les debe invocar para que sirvan de único apoyo á una hipótesis, por otra parte arbitraria y desprovista de todo sólido fundamento. «Ahora pues, dice toda una escuela de exegetas modernos (1), estos milagros tan asombrosos, que así se deben llamar, tan absolutamente inauditos, tanto por su grandeza, como por su extensión y por su multiplicidad, estos

(1) Motais *Le Déluge Biblique*, p. 44.

milagros no están indicados en ningún lugar del relato mosaico. Si aparecen en la exegesis universalista, es para defender lo que al cabo no es más que una simple hipótesis; la universalidad geográfica (absoluta) del diluvio, hipótesis, añaden, que ni la aprueba la ciencia, ni la requiere tampoco el texto.»

¿En nombre de quién se invocan esos milagros tan estupendos? ¿Cómo se les multiplica tanto, sin ninguna necesidad, cómo se abusa de ellos tan temerariamente, exponiendo así las verdades sobrenaturales á la burla de los impíos? (1) Una vez que mediante una fácil inundación restringida se pudo asegurar la divina Justicia del completo exterminio de los perversos hombres, ¿qué necesidad había de multiplicar tantos prodigios, sólo para acabar con tan crecido número de animales, al cabo todos inocentes? Los que estaban en medio de los hombres, bueno que perecieran con ellos, para evitar la innecesaria intervención de milagros; pero que se les haga intervenir en tal magnitud y número, sin más fin que exterminar inocentes, eso sí que no está conforme con la divina Bondad.

Mas en fin, queremos prescindir de todas las imposibilidades del orden puramente físico, ya que se pretende eludirlas con recurrir incondicionalmente al orden sobrenatural.

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 593 y sig.

Pero es el caso que ocurren también imposibilidades metafísicas; el mismo principio de contradicción queda muy mal parado, admitiendo el sistema de la universalidad absoluta; porque entonces es preciso reconocer que todas las especies sin excepción vinieron al arca ó por lo menos que todas se salvaron del gran cataclismo (1). Sin embargo, hemos visto que la Paleontología nos demuestra hasta la última evidencia que no fué así, sino que muchísimos tipos específicos y aun genéricos (2) se extinguieron á consecuencia del diluvio. Es preciso por lo tanto concordar ese hecho real y positivo de la extinción con el ideal de la perfecta conservación, y no sabemos que se pueda hacer esa concordancia, ni siquiera con el tan cómodo recurso á lo milagroso; pues ni por milagro se puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

Insistimos sobre esa notoria desaparición de tantas especies, y en ella hacemos nuestro principal punto de apoyo; porque, á pesar de no haber sido invocada hasta ahora, al menos que nosotros sepamos, contra el sistema

(1) Creen varios expositores, y entre ellos Cornelio A. Lápide, *In Genes*, VI, que no necesitaban entrar en el arca los animales cuyas especies se podían salvar de otra manera, por ejemplo, en los huevos, ó bien reproduciéndose por generación espontánea, según la opinión que antes reinaba.

(2) Decía Philon que «la divina clemencia deseaba por lo menos la conservación de los géneros, en el caso en que desaparecieran algunas especies.»

de la universalidad absoluta; preciso es reconocer que es un argumento ineludible y decisivo. Nos revela una manifiesta imposibilidad metafísica, ante la cual es forzoso ceder inmediatamente.

Pero debemos añadir que no existe esa sola; hay otras varias, sino tan claras y notorias, no menos verdaderas, de las cuales nos contentaremos por ahora con indicar una nada más.

Nos dice ese *sistema* (continuamos llamándola así por cierto respeto) que hasta las más elevadas montañas quedaron recubiertas en la gran inundación. La Geología prueba hasta la evidencia que no sucedió tal cosa, que muchos parajes elevadísimos quedaron libres y sin ser inundados. Puesta la causa necesaria, se sigue el efecto: así en todos los lugares invadidos por las aguas del diluvio, se formaron mayores ó menores depósitos diluviales, que no son difíciles de reconocer aun hoy, y nos dan claro testimonio del espantoso cataclismo. Pues bien, esos efectos *necesarios* de la inundación, los hallamos en todas las montañas de la tierra, hasta alturas muy variables de unos parajes á otros; mas á partir de cierto nivel para arriba, en vano se buscarán, en algunos grandes montes, los depósitos mencionados; que no hallaremos ni la más remota señal de ellos. El efecto necesario no existe ni por asomo; luego tampoco la causa existió. Concuerdan también

este hecho real con la afirmación de aquel sistema ya derruido. (1)

§. III. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

SIENDO pues este sistema evidentemente falso, pudiéramos dispensarnos de responder á sus argumentos; mas creemos decoroso el sepultarlo con honor.

(1) El eminente purpurado dominico, P. Fr. Zeferino González, se expresa de esta manera en su última y preciosa obra, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 633: «La teoría de la universalidad absoluta no reúne grandes elementos de probabilidad en su favor, y es justamente rechazada hoy por los sabios, los teólogos y los exegetas católicos más autorizados, toda vez que no se halla en armonía, ni con los principios y máximas de la exégesis bíblica que enseñaron y practicaron los Padres de la Iglesia, y principalmente San Agustín y Sto. Tomás, ni mucho menos con los descubrimientos y progresos realizados posteriormente en las ciencias físicas y naturales. Por nuestra parte, abrigamos la convicción de que, si el gran obispo de Hipona y el Doctor de Aquino vivieran hoy, no serian partidarios de la teoría universalista: uno y otro enseñaron con la palabra y con el ejemplo que al investigar el sentido de la Sagrada Escritura, y para fijar el alcance de sus palabras, es conveniente y necesario no perder de vista la enseñanza de las ciencias naturales y filosóficas. Abandonar hoy opiniones profesadas por los antiguos doctores eclesiásticos, opiniones que ellos rechazarían también hoy, no implica irreverencia ni menosprecio hacia los mismos.» Y más adelante (p. 682) termina su trabajo diciendo: «La teoría de la universalidad absoluta ó geográfica del Diluvio, si bien fué generalmente admitida en pasados tiempos, como lo fué la sentencia del movimiento del sol alrededor de la tierra, tiene hoy escasos partidarios, y esos no de los más autorizados y competentes en el terreno de la exégesis y en el de la ciencia. La lucha real está hoy establecida entre la teoría de la universalidad restringida... y la teoría de la no universalidad antropológica.»